

En presencia de Cristo que se somete a la Circuncisión, la unión con Dios es imprescindible; la dependencia de la ley divina, inquebrantable; la confianza en nuestro Padre que está en los cielos, inextinguible, y la impiedad o menosprecio de Dios, por lo tanto, es de todo punto imposible ante la fe que reconoce a Cristo al Hijo de Dios vivo.

2.—Rechazando los deseos del siglo.

Hemos de no prestar oídos tampoco, mis amados hermanos, a los deseos del mundo que son contrarios a la verdadera piedad y hermanos gemelos del apartamiento de Dios. El que no mira al cielo no aparta los ojos de los gozos mundanos, el que no tiene relaciones con Dios, se somete como esclavo a las concupiscencias: a la carne, a las riquezas, a los honores.

Siempre desearía estar repitiendo este asunto y siempre me causa estremecimiento tocarlo, Exmo. Sr. Hay que dejar de ser como quiere el mundo para hacerse semejante a Cristo. Este dediera ser nuestro constante predicar. Convertíos al Señor, olvidáos de vuestros pésimos caminos. Pecadores, entrad en vuestros corazones y, arrancad de ellos al hombre viejo para que viva allí el Rey de la gloria. Mas ¡ay! hermanos míos, que vivimos de las sensualidades, manifestadas en las generales desnudeces y pornografía de nuestras sociedades; que nuestro amor a las riquezas es desenfrenado, palmario es hoy en la injusta ganancia aprovechada para más lucrarse, y que nuestras ansias de honores son desmedidas lo evidencia el inmenso afán de superioridad que reina en todos los corazones, por el que ninguno quiere someterse a otro, viviendo como vivimos en anarquía constante.

¡Qué terrible es hablar hoy a los hombres en contra del mundo! ¡Somos tan amigos de él y de sus concupiscencias! Y por eso, oh terrible sentencia para nosotros: el mundo nos ama, ese mundo que odia a Cristo, que blasfema de Cristo y que crucifica a Cristo. ¡Yo, amado de los pecadores! y tu, Jesús mío, no contento con la pobreza, mortificación y desprecios de Belén y olvidándote de toda alabanza y gloria, vuelve, tus divinos ojos a tu eterno Padre y mostrándote a El como víctima propiciatoria por los pedados de los hombres, rubricas con tu propia sangre, al ser circuncidado, el decreto de tu propia Pasión y muerte!

Y todavía, sabiendo que el espíritu de Cristo es contrario a los gustos del mundo ¿tendremos a éstos en nuestros deseos y nuestras obras con todo contentamiento de nuestras almas y a los mandatos cristianos en pura resignación paciencia, cuando no en hipócrita ficción, que no alcanza a ser disimulada por el espíritu mundano que nos domina?

PARTE SEGUNDA

Debemos vivir sobria, justa y piamente

1.—De cómo debemos practicar la sobriedad.

Dichosos, Exmo. Sr. dichosos los que, olvidados de las pompas y vanidades del mundo, tornan su consideración al conocimiento y estudio de Dios y de la divina voluntad que está manifiesta en la vida de Jesucristo, y convencidos de que ésta no es otra que la propia santificación se resuelven a vivir sobriamente respecto de sí mismos, con justicia en relación con sus prójimos y piadosos para con Dios.

¡Oh sobriedad bendita, tan vilipendiada en estos tiempos aun por los mismos que nos llamamos cristianos! La sobriedad es virtud para todos; ningún cristiano, sea el que quiera su estado y condición, puede excluirse de practicarla. Hermanos, sed sobrios, nos dice S. Pedro. Procura que las mujeres sean púdicas, sobrias, decía S. Pablo al obispo S. Timoteo y a S. Tito lo amonestaban para que exhortara a los jóvenes también a la sobriedad y en los Proverbios(31) se aconseja que a los reyes no se les dé vino, y al enumerar S. Pablo las perfectas cualidades de los obispos dice: *Oportet Episcopum irreprehensibilem esse, sobrium prudentium...*